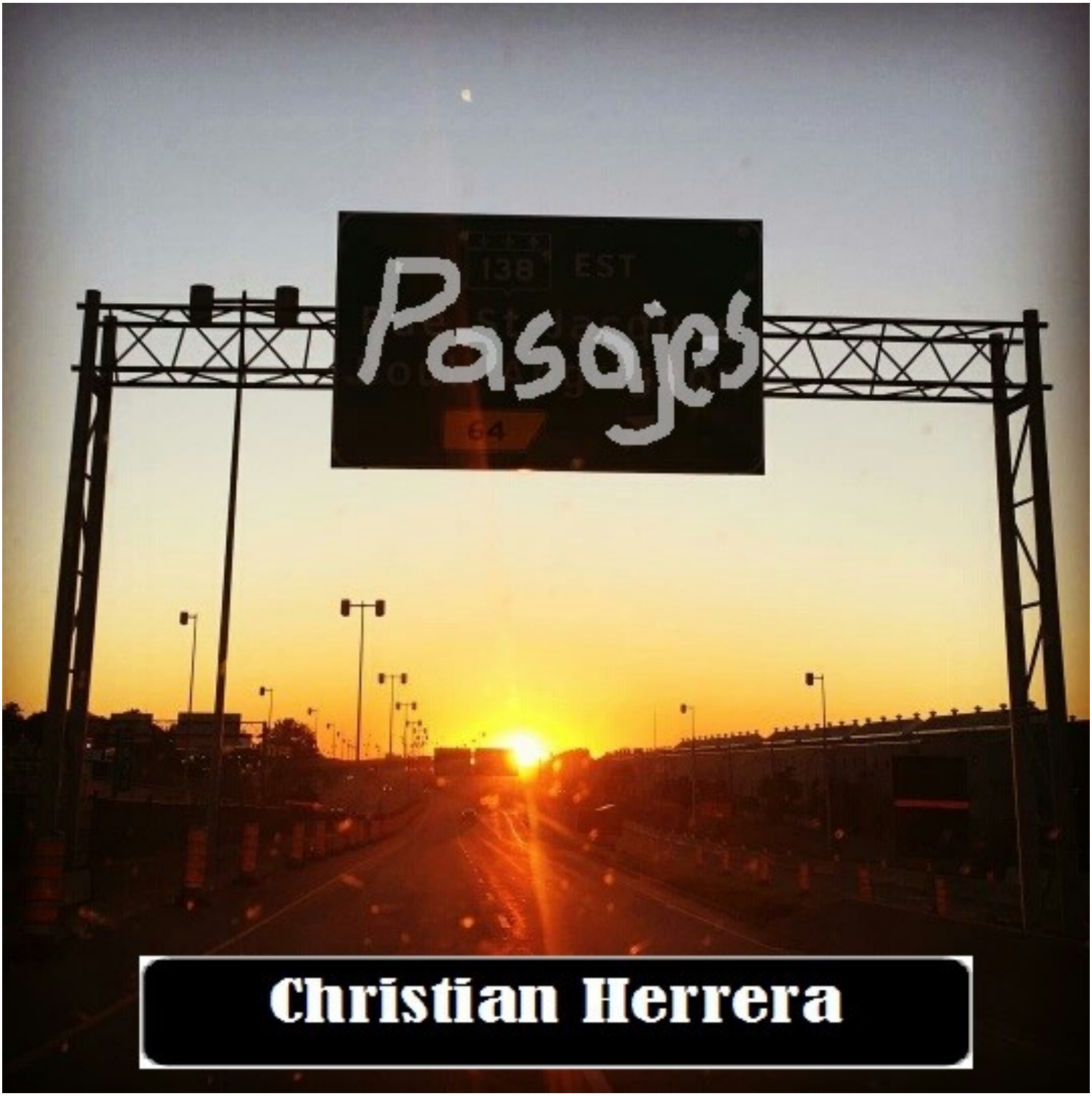
Pasajes

Christian Isaac Herrera Cisneros



Capítulo 1

“PASAJES”

Estaba yo en la parada de los microbuses, esperando el camión, después de salir de la escuela. Había sido un día normal: aburrido, monótono y solitario como era mi existencia.

Sólo quería llegar a mi casa con mi amiga La Cama y dormir como un muerto.

La ciudad apestaba a basura y el güey delante de mí a hierba y sobaco húmedo. Después de diez minutos esperando ya había asimilado todo y el aroma de mi cigarro “Delicado” fue el complemento perfecto.

Cuando empezó una rola de las que me gustan a fluir por mis audífonos fue que mis ojos captaron un punto de color en medio de tanto gris. Al otro lado de la calle había surgido una muchacha con el cabello naranja de entre la multitud que se amontonaba al pie de las escaleras del puente. Al parecer quería subir también pero por alguna razón no podía y un camión se atravesó tapándome la vista. Cuando por fin se movió fue cuando me di cuenta: La chica de cabello naranja usaba muletas debido a que traía un pie enyesado.

Fue la indiferencia de la gente que pasaba a su lado, evitándola como si tuviera una enfermedad virulenta, lo que me animó a cruzar la avenida y dirigirme hacia donde estaba ella.

Ví una oportunidad de pasar entre los coches que avanzaban rápidamente y aunque me costó varias mentadas de madre pude llegar al otro lado.

Ella me vió cuando me salté la cerca peatonal y aterricé ruidosamente casi casi como El Capitán America. Se me quedó viendo raro, tanto que creí que me pegaría con una de sus muletas, pero sólo volvió a lo suyo que era intentar subir el primer escalón del puente.

Viéndola ya más de cerca me di cuenta de que estaba “muy correcta”. De mi estatura, esbelta y con ciertas curvas. El cabello naranja le caía sobre los hombros y le combinaba con la mochila negra de los Pumas. Le pude apreciar algunos tatuajes en el cuello y en las manos así como varios aretes en la ceja y otro en la nariz.

Me esperé unos segundos antes de lanzarme.

-Hola- le dije. -¿Puedo…? ella volteó y sus ojos verduscos de inmediato me quitaron el aliento. Se notaba seria y con ganas de mandarme lejos. -¿…ayudarte?

-¿Eh?

-Es que te he visto desde el otro lado. Y pues, como ya llevas aquí un buen rato tratando de subir pues…

-¡No necesito ayuda!- me interrumpió con voz alta. -¡Solo que desaparezcan todos estos cabrones!

-Bueno pero es que es la hora de más gente por aquí y todos de prisa porque ya va a empezar su novela-.Yo tratando de ser chistoso. Su silencio me enseñó que fracasé. Y al parecer la había hecho que desperdiciara su oportunidad de subir las escaleras.

-¡Puta madre! -vociferó. -¡Gracias! Llegó otro camión con más ganado.

-Mira, déjame cargarte hasta el otro lado y te invito un chesco, ¿va?-. Le propuse y sentía que me estaba ya considerando como una opción. Torcía la boca y me examinaba de arriba a abajo así como a su entorno; como asegurándose de que no trajera yo a un cómplice o algo que se le pareciera.

-Una chela y bien fría.-Accedió finalmente.-Pero un manoseó que sienta inapropiado y romperé este yeso en tu cabeza.¿Entendido?

-Va, ¡chido!

-¿Cómo le hacemos?

-Tu nada más observa.

Saqué todo mi talento y experiencia en esta. Aunque me costó treinta varos, los cuales aventé al suelo en medio del rio de gente y no faltó el güey que se agachó a recogerlos. Creándose así una ventana que aproveché para cargarla en mis brazos con un movimiento súper hábil. Realmente no me costó trabajo y así, mientras que ella se encargó de las muletas con una mano, fuimos subiendo.

-Estoy sorprendida-. Me dijo y yo chifle como un jefe. -Ya sé cómo hacerle para la otra. ¿Cómo te llamas?

-Alejandro, pero me dicen El Caracol.

-Perdóname, pero no será por baboso, ¿verdad?

-No, es que soy algo lento en el fucho.

Llegamos hasta arriba, partiendo el río de gente como Moisés partió el mar y con cada segundo que pasaba adoraba más su aroma que era como una combinación de jabón de manos con algo de tabaco y cierto toque de algún tipo de flor o hierba.

-¿Cómo te lastimaste?- le pregunté.

-Andando en la patineta.

-¿Estabas intentando el "oile doble", o el triple?

-¿Eh? – como que dudó.- Este… no, iba agarrada de una pecera y perdí el control.

Estaba empezando a imaginármela deslizándose sobre la tabla. Sexy y hermosa cómo siempre había querido tener a una novia.

-¡Órale, te gustan las emociones fuertes!

-Sí, es que sí soy muy intrépida.

-Pero, la verdad, hay que tener cuidado.

-Sí,- me dió la razón.

-Las patinetas están muy caras.

¡Ella hecho a reír! –"¡Ahuevo!"- me dije. –"Ya le estoy llegando".

En el otro extremo del puente me preparé para bajar las escaleras y alguien nos empezó a gritar desde atrás: "¡Ahí les va! ¡Ahí les va! ¡Muévanse!". Eran dos cabrones que venían corriendo abriendo y apartando a toda la gente. Por poco y nos tiran.

-¡Permiso!- dijo el que se me atravesó y si no es porque ella me ayudó agarrándose de donde pudo hubiéramos caído.

-¡PINCHES MONOS, NO MAMEN!- les gritó Ella a todo pulmón.- ¿¡No ven cómo ando toda enyesada!?

-¡Se nos va el camión, morra!- le contestó uno de ellos ya a la distancia.

-¡Que va a casa de tu RE-CHINGADA MADRE! Cuando Ella volteó a verme, no sé si era mi cara de sorprendido tan chistosa o qué, pero le provoqué

una serie de carcajadas que, además de mí, contagiaron a varios que venían atrás de nosotros y seguimos riendo mientras comenzábamos a bajar las escaleras.

Ya abajo, mientras recuperaba un poco el aliento, sentía que ya no podía bajarla de mis brazos.

-Te juro que, la neta, nunca había conocido a una chava como tú-. Le dije, con toda sinceridad.

-¿En serio? Pues, ¿dónde vives? ¿En Las Lomas? No me digas, eres de la nobleza de La Condesa.

-No, soy del norte. Ahí por San Pedro, el alto.

-¡Ah! Muy bien. Oye, ya puedes retirar tus pezuñas por favor.

-Lo siento- le dije y con mucho cuidado la bajé. -¿Tú para dónde vas?

-Pues, no sé aún-, contestó. -A donde sea. Lejos. Toma-, me dió una muleta. -Déjame acomodar el pantalón.

-¡Vamos por esa caguama! O, ¿qué?

-Te libero de tu deuda-. Se quedó pensando un instante. -Hace mucho que no le decía "gracias" a alguien. Sobre todo a alguien de tu especie.

Ya sentía la despedida inevitable. Pero fue al ver que se quedó un rato viendo al piso frente a mí cuando algo vibró en el interior de mí ser. Una especie de señal.

-"¡DÍ ALGO, CABRÓN!"

-¿Me das mi otra muleta?

-¡Ah, sí! Disculpa.

-Gracias por la ayuda-. Me dijo mientras daba la media vuelta.- Te vas por la sombra, ¿va? Y así nomás, se me fué.

Luego, pase un tiempo en el limbo. Pensando en ella; en lo que pudo ser y valió queso. Cuando me di cuenta, ya estaba sentado dentro del camión. Sonaba "Comfortably numb" en los audífonos y fue entonces que una corriente de electricidad surgió a mi alrededor dándome toques en el corazón. Ella, ella estaba subiéndose al camión. Ella, mi chica; la chica de mis sueños; la que siempre andaba buscando; la chica de las muletas y

del cabello naranja.

Me vió, le dijo al chofer que ahorita le pagaba. No se veía sorprendida de verme ni contenta, la verdad. Sin embargo, se puso a mi lado y sus lindas y redonditas defensas quedaron a cinco centímetros de mi rostro.

-¿Quiubo?- me dijo -. ¡Que chico es el mundo! ¿No? No podía articular palabras.

–"¡HABLA, CABRON!"

-Supongo…

-Cuando acabes de admirar el paisaje estaría chido que te recorrieras para poder sentarme.

-¡Ah, sí! Perdóname.

Morí y estaba en el cielo. En ese momento pasaban tantas cosas por mi cabeza que parecía una licuadora. Debía mantener la calma y controlar mis emociones pero me era imposible teniendo su vista clavada en mí. Ellas son el juego; ellas tienen el mando.

-"¿Control, me reciben? ¡DESPIERTA, CABRÓN!".

El camión comenzó su viaje.

-¿Vas para tu casa? -preguntó ella.

-Este, sí. Sí, voy a… mi casa.

-¿Te puse nervioso?

¡¿Qué!? ¿Nervioso, yo? No, para nada -. En ese momento sentía que estaba empapando el asiento.

El camión tomó el camino habitual. Metiéndose por algunas calles estrechas.

-Escucha-, me dijo. -No fue una coincidencia el que me haya trepado al mismo camión que tú-. Ahora ya tenía toda mi atención.

Oí al chofer gritar en voz alta: "¡Pasajes!" y ella continuó diciéndome.

-Y antes de que pase algo que nos separe quiero decirte algo muy importante.

El tiempo se detuvo ahí. Estaba tan hipnotizado por su profunda mirada que tardé tanto en asimilar sus palabras. Hasta que le oí decir: "Lo siento" le capté un poco del mensaje.

Luego, comenzó el infierno.

-¡Sostén esto! Me dió sus muletas y de su mochila sacó algo tan rápido que no ví que era pero inmediatamente se puso de pie y con voz muy fuerte gritó: "¡TODO MUNDO TRANQUILO! ¡ESTO ES UN ASALTO!".

Primero me reí nerviosamente, pero al ver que les apuntaba con una pistola a todo mundo mientras recorría el interior del camión, mi sangre dejó de circular.

-¡SI ALGUNO DE USTEDES HIJOS DE LA CHINGADA, SE MUEVE LO EJECUTO!

-¡Para con tus pinches bromas! – se le ocurrió decir a un señor en la parte de atrás.

¡PUM! Ella le rompió la nariz con el arma.

-¡NO ES BROMA, CABRÓN! El arma es real y también tu sangre. ¡BASTA DE MAMADAS! ¿No saben en qué ciudad están? Ahora, quiero celulares, relojes y joyas en la puta bolsa -.

Le aventó la mochila al primero que estaba atrás. Comenzaron a "dar pasaje" uno por uno siguiendo las instrucciones.

-Y el que no me pase nada va a quedar como el Don aquí presente. ¡O PEOR! No jueguen con sus vidas y cooperen. Si nadie pierde la cabeza nadie la perderá. Si alguien está teniendo un ataque al corazón, ¡AGUÁNTENSE!

No había asimilado todo completamente hasta que vi el cañón del arma justo frente a mi cara.

-¡TÚ! ¿Qué pedo? – me dijo. -¡Afloja! En ese momento sentí como el sudor escurrió por mi espalda hasta la parte más oscura de mi cola. A pesar de creer haber visto un guiño en sus ojos preciosos, me quité el reloj y lo metí junto con el celular y audífonos en la bolsa. Luego, Ella terminó de recolectar con los demás pasajeros.

-¡Así me gusta! Todos en calma como buenos ciudadanos-.

Encañonó al chofer y… -¡BAJAN CABRÓN! ¡PÁRATE!-. Le ordenó pero no se

salió luego luego una vez que el camión se detuvo.

Apuntó su arma hacia mí. -¡TÚ! –. "Ya me cargó el payaso", pensé.

-Vendrás conmigo. ¡DE PIE, COMPADRE! ¡AHORA! -. Así lo hicé, cargando las dos muletas y viendo fijamente el cañón de su arma; oscuro y profundo como un abismo de muerte.

-¡DEJA ESAS CHINGADERAS! – me ordenó y las dejé ahí en el asiento.

-¡No te lo lleves! – escuché a una señora decir -. ¿Para qué te lo llevas?

-¡Que nadie me siga!- dijo ella, mientras me jala a para afuera del camión. -Llevo un rehén y me lo chingo si huelo a cochinos cerca o a cualquier hijo de la chingada. ¡MUÉVETE!-. Y Bajamos del camión.

-Tú tranquilo – me dijo.- Baja las manos.

Nos alejamos de la avenida, dimos vuelta en la esquina de una calle solitaria. Ella siempre atrás con su mano en mi espalda.

Estaba tan nervioso que creía que mojaría mis pantalones en cualquier momento. Solo pensaba en la pena que eso significaría y trataba de encontrar un par de huevos para salir de esa situación.

-¡Aguanta! -me dijo. -Párate tantito.

Escuché un sonido como de velcro que se despega y el del cierre de su mochila. -Ya estuvo, avánzale.

-No me vas a matar, ¿verdad?

-¡No, güey! ¿¡Cómo crees!? ¡Ándale, metete aquí! Había una valla de metal torcida que ella abrió con sus manos y fue en ese momento cuando vi que ya no era la misma vieja. Su pelo naranja ya no estaba; ahora era castaño oscuro y muy corto. Todos los piercings se los había quitado y hasta el color de los ojos ya no eran verdes sino cafés. Los tatuajes los estaba borrando con una toalla húmeda.

-¡¿Pero, QUÉ PEDO!?

-¡METETE, CHINGAR!

-¡Dime que chingados está pasando!

-¡Metete y te explico!

-¡¿O qué?! ¿Le vas a jalar?

-¡Te vieron conmigo antes del golpe! Van a pensar que eres mi socio y te van a chingar. ¿Eso quieres? ¿Qué te chinguen en el hoyo?

-¡No mames! ¿En qué bronca me has metido?

-Fuiste tú el que no resistió la tentación de agarrarme el culo para subir las escaleras.

-¡Quería ayudarte! ¡Quería hacer algo bueno!

-Has algo bueno ahora y mete tus nalgas de buen cristiano o nos van a caer cíen cochinos en treinta segundos.

La terrible idea de ir a prisión se sentía como un escalofrío que recorría mi espina hasta la mitad de mi cuerpo y regresaba como una bola de lodo pesada que se me atoraba en el pescuezo.

Por acción propia mis piernas me llevaron al otro lado de la valla metálica y al pasar junto a ella, rozando sus pechos y oliendo su aroma exquisito me acordaba de lo atraído que me sentía hacia esa chica. No era el cabello, ni los ojos o tanto fierro que tenía colgado; todo eso era su disfraz. Me alegraba de que, aún con los cambios que se hizó, la atracción se había vuelto más y más fuerte. Quizás era la adrenalina la que dictaba mi conducta.

A donde nos metimos era un terreno vacío y lleno de basura con el pasto muy crecido; tanto que nos llegaba a la cintura. La valla era de lámina así que proporcionaba total cobertura del exterior.

-Ven -, me dijo, mientras comenzaba a quitarse la ropa hasta quedar en calzones y… ¡SIN SOSTÉN! Rápido me volteé…

-¡¿Qué estás haciendo!?

-¡Tranquilízate! Se suponía que aquí iba a estar sola.

-O sea que, ¿planeaste todo este desmadre que armaste? -.

-Todo, excepto TÚ. Pero sé improvisar, adaptarme, evolucionar, ¡PUTA MADRE! Ya estoy, ya puedes voltear.

Se había puesto otro tipo de ropa. ¡DIOS, se veía tan hermosa! Era un vestido negro de minifalda y hasta se estaba poniendo un collar de perlas. Me quedé sin la capacidad mental o física de hablar.

El botín de la mochila de los pumas lo pasó a un bolso grande y elegante. El falso yeso, el arma y la peluca; así como la ropa vieja y la mochila, lo amontonó entre el pasto para luego rociarle líquido para encendedor.

-Te arriesgas mucho para sacar unos cuantos pesos. ¿No te parece?

-No te tengo que dar explicaciones. Esto es más de lo que crees.

En ese momento sentí que nos observaban, pero todo lo que nos rodeaba eran muros altos y el cielo azul. Eran mis nervios que ya estaban como cables de luz echando chispas.

Pude notar que revisaba varias carteras hasta que encontró una en especial de la que extrajo una tarjeta roja. Parecía importante ya que la guardo muy bien.

-Muy bien, escucha-. Se me acercó tanto que por un momento pensé que me tumbaría de un golpe en los tanates. -¡Cálmate, chingar! Solo quiero que te muevas y mires esa ventanilla de arriba. ¿La ves? -. Si, le respondí y luego ella levantó un tambo de metal oxidado y lo puso justo debajo.

-Quiero que te trepes aquí y te metas por ella. Se abre hacia afuera. ¡Venga, en chinga!

-¡No manches! ¡No podré!

-Yo lo hicé un par de veces. Te agarras con una mano y con la otra abres la ventana. ¡Venga, vas!

-¿Por qué no vas tú primero?

-No, padre. ¡Vas, con una chingada! Esta tapa ya está muy vieja y oxidada, puede que no aguante mucho. Yo te sigo.

-¡Ya voy, pues! ¿Qué hay del otro lado?

-Es un baño. Luego luego hay una taza, ahí apoyas las patas. Pero no hagas tanto ruido. ¿Ya?

Las dudas y el temor querían dominarme y ella se impacientaba.

-¡PUTA MADRE! Voy a prenderles fuego a estas madres para que te animes, ¿va?

-¡NO, aguanta!-. Pero ella ya había encendido un fósforo y lo arrojó a todas esas cosas que había amontonado entre las hierbas secas. -¡Estás re-loca, la neta! Me trepé al tambo como un gato y desde ahí alcancé la

ventana. La pude abrir fácil y me alegró que se quedará abierta.

Sin embargo, al impulsarme para meterme ocurrió lo que tanto temía ella: La tapa se rompió.

-¡Ahí está la chingadera!- La oí decir, mientras entraba al baño que apestaba a madres. Se veía como si nadie le hubiera jalado desde que Cristo era niño. Afortunadamente, así nadie me vería hacer mi maniobra. Una vez adentro, la verdad, sentía alivio y volteé a ver la ventanilla esperando a que ella mostrara su linda cara. Pero sólo veía el humo negro volverse más y más intenso.

-"¡MUÉVETE, CABRON!" Volví a treparme a la taza y me asomé por la ventana. La vi tratando de levantar el tambo en medio de una nube de humo. El calor se sentía tremendo y las llamas crecían. Creo que ya se había caído intentando subir porque se le veían raspones en los brazos y en las rodillas. Saqué medio cuerpo y le dije: "¡SALTA!" y así lo hizó alcanzando mis manos. La sujete fuerte y la jalé hacia arriba así como en Titanic.

-¡Pero no sueltas esas chingaderas! -. Le dije al ver que aún traía la bolsa del botín colgada del hombro. -¡SUBE, SUBE!

-¡Pues JÁLAME!

Un momento después estábamos los dos abrazados dentro de ese baño mugroso y maloliente. Sentía sus brazos apretándome fuertemente y su rostro apoyado en mi pecho.

-Te tengo. Ya te tengo. ¿Estás bien? ¿Te quemaste? No respondía, creo que tardó unos segundos más antes de que me soltara.

-Bueno, ya estuvo.- Me dijo, sin siquiera verme. -Ven, sígueme.

Abrió despacio la puerta y se asomó un poco antes de que me indicara que me moviera.

Salimos a un pasillo y bajamos por unas escaleras. Entramos a un estacionamiento y caminamos en silencio aparentando normalidad. Aunque realmente sólo había un viejito lavando un carro más adelante. Antes de que pudiera preguntarle algo ya se estaba metiendo en un Focus último modelo.

-Sube-. Me dijo. Comenzaba a maravillarme de lo elaborado y magistral de su plan. Pero seguía preguntándome si el botín valía la pena por tanto riesgo que pasaba. Tal vez la tarjeta roja esa era la clave de todo; el verdadero objetivo. Y el asalto, una desafortunada y necesaria distracción.

Yo creo.

Salimos del estacionamiento con total normalidad. Ella pagó el boleto y manejó con seguridad y solvencia. Ya en las calles no se sentía nada de presión y tuvimos paso libre por mucho tiempo. Aún cuando pasamos frente al terreno baldío que se quemaba y que los bomberos ya estaban apagando. Fue un largo tiempo el que permanecimos en silencio, contemplando la ciudad y su vertiginosa vida. Oíamos música en el radio, fumábamos y aún no nos decíamos nada. Yo no tenía intenciones de saber a donde íbamos pero si tenía unas ganas tremendas de echarme una cerveza y parece que ella también porque se detuvo en un Oxxo.

-¿Cómo ves si nos echamos unas bien frías? – Preguntó, y yo le dije: "¡Claro!".

Una hora y un "six" después estábamos saliendo de la ciudad.

Nunca me había sentido tan vivo y capaz de apreciar cada instante que pasaba. Todo lo veía de diferente manera.

Ciertamente como si hubiera vuelto a nacer y un nuevo mundo emergía frente a mí. Y debo decir que, con total seguridad, notaba en ella un efecto similar.

Hubiera querido que nuestra relación se convirtiera en algo como lo de "Bonnie y Clyde" y vivir cientas de aventuras urbanas con esa chica. Deseo que la fantasía de hacer el amor con ella en esas soledades fuera de la ciudad hubiera sido un recuerdo y no una mera ilusión. Pero la realidad es más afilada y cortante.

Cuando me dió mi celular y mi cartera ya presentía que el final se acercaba. No podía encontrar las palabras o las acciones necesarias para evitarlo.

-Baja -, me dijo. Y ella salió del auto aparcado a la orilla de la carretera vieja hacia Cuernavaca. Me quedé un rato ahí sentado pero finalmente pensé que este sería lo mejor para ella. La veía por el espejo, cruzada de brazos y de espaldas, esperándome. Ya sabía yo que aquí acababa todo.

Resignado, salí del auto y caminé hacia ella como un perro con la cola entre las patas. Una vez que me sintió cerca, entró de nuevo al auto, arrancó y se fué. Cuando salió de mi vista pude notar algo en el asfalto que aún, después de tantos años me satura de tristeza: Gotas de lágrimas; gotas de lágrimas de la chica de las muletas y el cabello naranja de la cual nunca supe su nombre.

FIN